

y de que hoy subsiste un residuo en Carlyle. He aquí un vestigio en un pasaje casi digno de Swift, y que es el resumen de sus sentimientos habituales, al par que su conclusión sobre la edad en que vivimos (1):

«Supongamos que existen cochinos—hablo de cochinos de cuatro patas—dotados de una sensibilidad y una aptitud lógica superiores, poseedores de cierta cultura, y capaces de extender en el papel, para nuestro uso, su idea del universo, de sus intereses y de sus deberes. Esas ideas podrían interesar á un público lleno de discernimiento como el nuestro, y serían en resumen como sigue:

»1.º El Universo, hasta donde puede juzgarse por una sana conjetura, es una inmensa artesa de puercos, consistente en sólidos y en líquidos, y en otras variedades ó contrastes, especialmente en lavazas aseQUIBLES y lavazas inaseQUIBLES: las últimas en cantidad infinitamente más considerable para la mayoría de los cochinos.

»2.º El mal moral es la imposibilidad de alcanzar las lavazas. El bien moral, la posibilidad de alcanzarlas.

»3.º La poesía de los cochinos consiste en reconocer universalmente la excelencia de las lavazas y de la cebada molida, así como la felicidad de los cerdos que tienen bien provista su artesa y bien repleta su panza. ¡Gron!

»4.º El cochino conoce el tiempo. Debe mirar el que va á venir.

»5.º ¿Quién hizo al cerdo? No se sabe. Quizá el carnicero.

»6.º Definid el deber completo de los cochinos.—

(1) *Folleto del último día. Jesuitismo*, pág. 28.

La misión de la cochinería universal y el deber de todos los cochinos en todos los tiempos es disminuir la cantidad de las lavazas inaseQUIBLES y aumentar la cantidad de las aseQUIBLES. Todo conocimiento, toda industria, todo esfuerzo debe dirigirse á ese fin y á ese solo fin. La ciencia de los cochinos, el entusiasmo y anhelo de los cochinos, no tienen otro objeto. Ese es el deber total de los cochinos.»

He ahí el lodo en que enfanga á la vida moderna, y, por encima de todas, á la vida inglesa, anegando de una vez y en el mismo cieno el espíritu positivo, el apego á lo confortable, la ciencia industrial, la Iglesia, el Estado, la filosofía y la ley. Ese catecismo cínico, lanzado en medio de declamaciones furibundas, da, en en mi sentir, la nota dominante de ese extraño espíritu: esa tensión arrebatada constituye su talento; es la que produce y explica sus imágenes y sus incongruencias, sus risas y sus furores. Hay una expresión inglesa intraductible que pinta ese estado y muestra toda la constitución física de la raza. *His blood is up*. En efecto: el temperamento flemático y frío cubre la superficie; pero, cuando hierve en las venas la sangre sublevada, el animal febril no se sacia más que con estragos ni se satisface más que con excesos.

### III

Parece que un alma tan violenta, tan entusiasta y tan salvaje, tan abandonada á los desafueros de la imaginación, tan desprovista de gusto, de orden y me-



dida, no es capaz más que de divagar y consumirse en alucinaciones llenas de dolor y de peligro.

En efecto: muchos de los que han tenido ese temperamento, y que son realmente sus antepasados, los piratas noruegos, los poetas del siglo XVI, los puritanos del siglo XVII, fueron insensatos, perniciosos para los demás y para sí mismos, dados á maltratar las cosas y las ideas, devastadores de la seguridad pública y de su propio corazón. A éste le han contenido y dirigido dos barreras completamente inglesas: el sentimiento de lo real, que es el espíritu positivo, y el sentimiento de lo sublime, que engendra el espíritu religioso. El uno le ha convertido á las cosas reales, y el otro le ha suministrado la interpretación de las cosas reales; en vez de un enfermo y un visionario, ha resultado un filósofo y un historiador.

#### IV

Hay que leer su historia de Cromwel para comprender hasta qué grado le penetra ese sentimiento de lo real, y qué luces le depara; cómo rectifica las fechas y los textos; cómo compulsa las tradiciones y las genealogías; cómo visita los lugares, examina los árboles, mira los riachuelos, sabe los cultivos, los precios, toda la economía doméstica y rural, todas las circunstancias políticas y literarias; con qué minuciosidad, con qué precisión y con qué vehemencia reconstruye ante sus ojos y ante nuestros ojos el cuadro exterior de

las cosas y de los hechos, el cuadro interior de las ideas y de los sentimientos. Y no es simplemente por conciencia, hábito ó prudencia, sino por necesidad y pasión. En ese gran vacío oscuro del pasado, sus ojos se fijan en los raros puntos luminosos, como en un tesoro. La negra marea del olvido ha sepultado lo demás; los millones de pensamientos y de actos de tantos millones de seres han desaparecido, y ningún poder los hará surgir de nuevo á la luz. Esos pocos puntos subsisten solos, como los picos de las rocas más altas en un continente sumergido. ¡Con qué ardimiento, y con qué sentido tan profundo de los mundos destruidos que atestiguan, va á poner sobre ellos el historiador sus manos diligentes para descubrir en su naturaleza y estructura alguna revelación de los grandes espacios sepultados que no volverán á ver ningunos ojos! Una cifra, un detalle de gasto, una misera frase de latín bárbaro no tiene precio á los ojos de Carlyle. Yo quisiera dar á leer el comentario que acompaña á la crónica del monje Jocelyn, para desvelar la impresión que un hecho probado produce sobre tal alma, toda la atención y emoción que suscita en ella una añeja frase bárbara ó una cuenta de cocina. «El rey Juan sin Tierra (escribe Jocelyn), pasó por aquí, dejando en todo trece peniques esterlinos para el gasto (*tredecim sterlingii*).» «Estuvo allí, estuvo él mismo en persona. He ahí la grande, la inconmensurable particularidad, la que distingue, en un grado realmente infinito, al más pobre hecho histórico de toda ficción de cualquier linaje. La ficción, la imaginación, la poesía imaginativa, cuando no son vehículo de alguna verdad, es decir, de un hecho de alguna especie, ¿qué son? Notad bien. Aquella Inglaterra del año 1200 no era un vacío quimérico, una tierra de sueños, poblada



por simples fantasmas vaporosos, por los *Foedera* de Rymer y por doctrinas sobre la constitución, sino una tierra sólida y verde, donde brotaban el trigo y otras varias cosas. Sobre ella lucía el sol con las vicisitudes de las estaciones y de las fortunas humanas. Se tejían y se usaban telas; se abrían zanjas, se trazaban surcos, se edificaban casas; día tras día se levantaban hombres y animales para ir al trabajo; noche tras noche volvían cansados á sus albergues. Esos vetustos y severos muros no son una conjetura, un entretenimiento de *dilettante*, sino un hecho serio; para un fin bien real y serio se levantaron. Si: había otro mundo cuando esas negras ruinas eran murallas de argamasa reciente y recientes cinceladuras, y vieron el sol por primera vez, hace mucho tiempo.—¿Esa arquitectura, decís, esos torreones, esas aranzadas de tierra? Sí; pero eso no es más que una pequeña parte de la cosa. ¿No os ha hecho nunca reflexionar la otra porción, el hecho de que aquellos hombres tenían un *alma*, no como un simple decir y por una mera figura de lenguaje, sino como una verdad que *sabían* y conforme á la cual obraban (1)?» Y, acto continuo, procura hacer revivir ante nosotros aquel alma; porque he ahí su nota distintiva, la nota distintiva de todo historiador que tiene el sentido de la realidad: comprender que los pergaminos, las murallas, los trajes, los mismos cuerpos no son más que envolturas y documentos; que el verdadero hecho es el sentimiento interior de los hombres que han vivido; que el único hecho importante es el estado y la estructura de su alma; que se trata ante todo y exclusivamente de llegar á él; que de él depende lo demás. Hay que repe-

(1) *Pasado y presente*, pág. 65.

tirlo una y otra vez: la historia no es más que la historia del corazón; tenemos que investigar los sentimientos de las generaciones pasadas, y no tenemos que investigar ninguna otra cosa. He ahí lo que ve Carlyle; el hombre está delante de él, resucitado; penetra hasta su fondo: le ve sentir, sufrir y querer, de aquella manera particular y personal, absolutamente desvanecida y extinguida, como él sintió, sufrió y quiso. Y asiste á ese espectáculo, no friamente, como hombre que ve las cosas á medias, «en una bruma gris», indistintamente y con incertidumbre, sino con todas las fuerzas de su alma y de su simpatía, como espectador convencido, para quien las cosas pasadas, una vez probadas, son tan presentes y visibles como los objetos corporales que en aquel mismo instante palpan sus manos. Hasta tal punto tiene ese sentido del hecho, que en él apoya toda su filosofía de la historia. A su juicio, los grandes hombres, reyes, escritores, profetas y poetas, no son grandes más que por eso. «Lo propio de todo héroe, en todo tiempo, en todo lugar, en toda situación, es volver los ojos á la realidad, tomar por punto de apoyo las cosas, y no las apariencias de las cosas (1).» El gran hombre descubre algún hecho desconocido ó inadvertido, y le proclama; se le escucha, se le sigue, y he ahí toda la historia.

No sólo le descubre y le proclama, sino que cree en él y le ve. Cree en él, no por referencias ó conjeturas, como en una verdad simplemente probable y transmitida; le ve personalmente, y cara á cara, con una fe absoluta é invencible. Ha dejado la opinión por la convicción, la tradición por la intuición. Carlyle está tan poseído de su procedimiento, que le atribuye á

(1) *Sobre los héroes*, pág. 193.



todos los grandes hombres. Y no va descaminado, porque no le hay más eficaz. Dondequiera que entra con esa lámpara, lleva una luz desconocida. Traspasa las montañas de la erudición de papeles, y penetra en el corazón de los hombres. Va siempre más allá de la historia política y oficial. Adivina los caracteres, comprende el espíritu de las edades extinguidas, conoce mejor que ningún inglés, mejor que Macaulay mismo, las grandes revoluciones del alma. Es casi alemán por la fuerza de su imaginación, por su perspicacia de anticuario y por sus amplios puntos de vista generales. Y, sin embargo, no es un forjador de conjeturas. El buen sentido nacional y la enérgica necesidad de creencia profunda le detienen al borde de las suposiciones; cuando las hace, las da por lo que son. No tiene afición á la historia aventurada. Rechaza las afirmaciones de oídas y las leyendas; no admite más que bajo reserva y á medias las etimologías y las hipótesis germánicas. Quiere sacar de la historia, por sí mismo y para nosotros, una ley positiva y activa. Segrega de su seno todas las adiciones inciertas y agradables que la curiosidad científica y la imaginación novelesca acumulan en él. Aparta esa vegetación parásita, para recoger la madera útil y sólida. Y cuando la recoge, la arrastra tan enérgicamente hasta nosotros para que la toquemos, la maneja tan violentamente, la presenta á una luz tan fuerte, la ilumina con contrastes tan brutales de imágenes extraordinarias, que acaba por contagiarnos, y, á despecho de nosotros mismos, llegamos á la intensidad de su creencia y de su visión.

Va más allá, ó, mejor, se ve arrastrado más allá. Los hechos que abraza esa imaginación vehemente se funden en ella como en una llama. A merced de esa

furia de la concepción, todo vacila. Las ideas, trocadas en alucinaciones, pierden su solidez; los seres parecen sueños; el mundo, entrevisto en una pesadilla, no parece ya más que una pesadilla; el testimonio de los sentidos corporales pierde su autoridad ante visiones interiores tan lúcidas como él. El hombre no encuentra ya diferencia entre sus sueños y sus percepciones. El misticismo entra como un humo por las paredes excesivamente caldeadas en aquella inteligencia que cruje. Así penetró antiguamente en los éxtasis de los ascetas indios y en las filosofías de nuestros dos primeros siglos. El mismo estado de la imaginación ha producido por doquiera la misma doctrina. A ella propendían los puritanos, que son los verdaderos predecesores de Carlyle. A ella llegaba Shakespeare por la prodigiosa tensión de su sueño poético, y Carlyle repite con él «que nosotros estamos hechos de la misma tela que nuestros sueños». Este mundo real, estos acontecimientos tan ansiosamente perseguidos, circunscritos y palpados, no son para él más que apariciones; este universo es divino. «Tu pan, tus vestidos, todo es aquí un milagro; la naturaleza es sobrenatural.» «Sí: hay un sentido divino, inefable, lleno de esplendor, de asombro y de terror, en el ser de cada hombre y de cada cosa, y es la presencia de Dios que hizo todo hombre y toda cosa.» Librémonos de «esas pobres envolturas impías, de esas nomenclaturas, de esa palabrería científica», que nos impiden abrir los ojos y ver, tal y como es, el terrible misterio de las cosas. «La ciencia atea charla miseramente acerca del mundo, con sus clasificaciones, sus experimentos y qué sé yo qué más, como si el mundo fuese una misera cosa muerta, á propósito para meterse en botellas de Leiden y venderse en mostradores. Es una cosa



viva, una cosa inefable y divina, ante la cual nuestra mejor actitud, con toda la ciencia que se quiera, es siempre la veneración, la prosternación piadosa, la humildad del alma, la adoración del silencio, si no de las palabras (1).» Tal es, efectivamente, la actitud ordinaria de Carlyle. Conduce a estupor. Más allá y por debajo de las cosas ve como un abismo, y se detiene estremeciéndose. Veinte, cien veces se le ve suspender el relato y ensimismarse, en la historia de la Revolución francesa. La inmensidad de la negra noche en que surgen por un instante las apariciones humanas, la fatalidad del crimen que, una vez cometido, queda enlazado á la cadena de las cosas como un eslabón de hierro, la tendencia misteriosa que impulsa á todas aquellas masas flotantes hacia un objeto ignorado é inevitable: he ahí las grandes y siniestras imágenes que le obsedian. Medita ansiosamente en ese foco del ser de que no somos más que reflejos. Camina lleno de alarmas por entre ese pueblo de sombras, y se dice que él es una de ellas. Se queda suspenso al pensar que aquellas fantasmas humanas tienen su sustancia *en otra parte* y responderán eternamente de su corto paso. Clama y se estremece al representarse ese mundo inmóvil de que el nuestro no es sino mudable figura. Adivina allí un no sé qué de augusto y terrible. Porque él le forja y forja el nuestro á imagen de su propio espíritu; le define por los sentimientos que le causa, y le figura por las impresiones que le produce. Al menor suceso que toca se alza y hierve en su interior un caos móvil de visiones espléndidas, de perspectivas infinitas. De todos los confines del horizonte afluyen violentamente las ideas, precipitándose y

(1) *Sobre los héroes*, pág. 3.

atropellándose, entre las tinieblas y los relámpagos; su pensamiento es una tempestad, y las magnificencias, las oscuridades y los terrores de una tempestad es lo que él atribuye al universo. Tal concepción es la verdadera fuente del sentimiento religioso y moral. El hombre penetrado de ella pasa la vida, como los puritanos, venerando y temiendo. Carlyle se pasa la vida expresando é inspirando la veneración y el temor, y todos sus libros son predicaciones.

## V

He ahí un espíritu verdaderamente extraño, y que nos hace pensar. Nadie más á propósito para manifestar verdades que esos seres excéntricos. No será tiempo perdido buscar el puesto de éste, y explicar por qué razones y en qué medida debe fallar ó alcanzar la verdad y la belleza.

En cuanto queréis pensar, tenéis delante de vosotros un objeto entero y distinto, es decir, un conjunto de detalles unidos entre sí y separados de lo que los rodea. Sea el que quiera el objeto, árbol, animal, idea, suceso, siempre acontece lo propio; siempre tiene partes, y esas partes forman siempre un todo. Ese grupo más ó menos vasto comprende otros, y queda á su vez comprendido en otros; de suerte que la más pequeña porción del universo, como el universo entero, es un *grupo*. Así, pues, toda la obra del pensamiento humano es reproducir grupos. Según que un espíritu es ó no á propósito para esa obra, es capaz ó incapaz. Según que puede reproducir grupos grandes ó pequeños, es grande ó pequeño. Según que puede